

CAPITULO II.

LO QUE HABIA SIDO EL INFANTE DON ENRIQUE.

I.

Era hijo del rey don Fernando el Santo, y de su primera mujer doña Beatriz, hija de Felipe, duque de Suavia.

Durante su juventud, el infante don Enrique no habia dado indicios de su carácter díscolo, de su mal intencionada astucia, y de la inmoderada ambicion de que mas adelante dió patentes y terribles muestras.

En 1259, tenia por su hermano el rey don Alfonso el Sabio, la tenencia de las villas de Arcos y Lebrija, cuando se rebeló contra el rey su hermano, pretendiendo usurparle la corona.

Descubrió el rey á tiempo la traicion del hermano, y envió para que le prendiese á don Nuño Gonzalez de Lara, como uno de los señores mas poderosos de Castilla.

Prevínose don Enrique, esperó al frente de una numerosa hueste al enviado de su hermano, y cuando llegó, habiéndole retado, combatió con él cuerpo á cuerpo, y le hirió en el rostro;

á pesar de lo que, como le infundiese miedo la buena gente que consigo llevaba Lara, dejó el campo, y se acogió á Lebrija; pasó aquella misma noche al Puerto de Santa María, y embarcándose, se trasladó á Valencia, que era entonces de la corona de Aragon.

II.

Acogióse el infante á don Jaime I, sobrenombrado el Conquistador, buscando su amparo.

Pero don Jaime, unido demasiado estrechamente al rey de Castilla, por el casamiento de este con su hija doña Violante, aconsejó en términos bastante rudos al infante, que haria bien en salir de sus reinos, y dióle una nave, con la cual, el infante se dirigió á Barcelona, embarcándose allí para África, siguiendo la mala costumbre de todos los cristianos rebeldes de los diferentes reinos de España, á quien salian mal sus empresas, de ir á refugiarse entre infieles, enemigos suyos naturales.

Alegróse de su ida el rey de Túnez, y le hizo capitán de las compañías de refugiados cristianos, y con ellas sirvió á su protector en sus diferencias con los reyes convecinos, ganando gran prez de esforzado y entendido capitán en aquellas bárbaras tierras.

III.

A los cuatro años, rico con la vida aventurera que habia tenido en África, dejó aquellas regiones el infante, se trasladó á Roma, y pidió al Papa Clemente IV la investidura del reino de Cerdeña, cuyo dominio directo, pertenecía á la Iglesia.

Tanto agenció, y de tan buena manera el infante, que á pe-

sar de que su pretension era de todo punto inadmisibile, se reunió el consistorio, y la investidura que pedia, le fué concedida.

IV.

Andaba entonces revuelta Italia, manteniendo entre sí largas y sangrientas guerras sus reinos, ducados y repúblicas.

Reclamaba el Papa del emperador de Alemania la investidura de rey de romanos: güelfos y gibelinos, defendian los unos las pretensiones de la Iglesia, y los otros, los intereses del imperio.

La excomunion fulminaba de continuo sus rayos desde el Vaticano, ayudando á los intereses de la Iglesia.

La fuerza y la fortuna decidian la suerte de los reinos de Italia.

Epoca favorable para los ambiciosos y los audaces.

Una guerra sangrienta devoraba entonces al reino de Nápoles y de Sicilia, cuyo dominio pretendian franceses, alemanes é italianos.

No podia ser otra situacion mas favorable para el infante don Enrique.

Era rey de Nápoles, por investidura del Papa, Carlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia, y su compañero en la última guerra santa que el rey de Francia sostuvo contra los africanos, habiendo subido al trono de Nápoles por la muerte de su último poseedor Manfredo, á quien venció en la batalla de Benevento.

Carlos de Anjou, sin embargo, era odioso á los napolitanos, por la fama de su sórdida avaricia y su crueldad, y resistian su dominio, lo que produjo la terrible conspiracion consignada en la historia con el nombre de *Visperas Sicilianas*.

Era muy fuerte en Sicilia el bando gibelino opuesto á la

Iglesia, aborrecian los naturales el dominio de un extranjero, y podia decirse que Carlos de Anjou, se veia obligado á conquistar el reino, cuya investidura le habia concedido la Santa Sede.

En esta empresa, ayudó á Carlos el infante don Enrique, que de una parte miraba á lo provechoso que podia serle el agradecimiento de Carlos de Anjou, y por otra su parentesco inmediato con él, que justificaria que, siendo Carlos rey de Sicilia, fuese don Enrique rey de Cerdeña.

Ayudóle don Enrique, no solo personalmente y con las buenas y aguerridas lanzas que habia llevado de Túnez, sino tambien con gran cantidad de dinero.

Engañóse el infante don Enrique; el astuto Carlos de Anjou le conoció demasiado bien; vió que le apoyaba por egoismo, pensando en su provecho propio; comprendió que tendria en él un enemigo poderoso, si llegaba á ceñir la corona de Cerdeña, y trabajó cuanto pudo para que la Santa Sede revocase la concesion que de la investidura de aquel reino habia hecho al infante don Enrique, pretendiéndola para sí, aunque inútilmente, porque el Papa Clemente IV, acabó por negársela á ambos, bajo pretestos, sino justificados, defendibles por lo menos.

Así aparece del breve que este Papa expidió en Viterbo en el segundo año de su pontificado, á 5 de enero de 1267, cuya letra es así:

«Al amado hijo, el noble varon Enrique, hijo de Fernando, difunto.

«Atendiendo á la claridad de tu origen y procurando remunerar el afecto que tienes á la Iglesia romana, deseamos adelantar tu honor: y porque pusiste la mira en el reino de Cerdeña, sobre que conferimos largamente con el caballero Juan, queremos sepas que despues de haberse partido, considerada la gravedad de esta materia, juzgamos te será mas útil no lo intentes, porque necesita muchos gastos, particularmente teniendo á los pisanos por tus contrarios, que se hallan inmediatos y son poderosos para impedir tu entrada: y aunque lo consigas, te molestarán continuamente, etc., etc.»

V.

Comprendió don Enrique de dónde le venia el tiro, y concibió hácia Carlos de Anjou un odio á muerte, resolviéndose á hacerle guerra á todo trance, y exigiéndole le pagase en el acto el dinero que le habia prestado.

Negóse el rey de Sicilia, y entonces, segun el testimonio de un escritor coetáneo, don Enrique profirió estas terribles palabras:

—*Por el cuerpo de Dios, ó él me matará á mí ó yo le mataré á él.*

Volvióse á Roma el infante, y hízose adeptos entre gente de mal vivir, dispuesta á todo, ambiciosa y rebelde, y especialmente, estrechó su amistad con un noble llamado Angelo Capuccio, que tenia gran partido entre el populacho.

Sublevóse este, ayudado por la canalla, contra los grandes señores; se impuso y creó una especie de junta de gobierno compuesta de comisiones de siete vocales por cada barrio.

Este tribunal se hizo omnipotente por el terror, y valiéndose de la influencia que en él tenia Angelo Capuccio, hizo que nombrasen Senador de Roma al infante don Enrique, con gran contentamiento de la plebe, pero con gran disgusto y aun con terror de nobles y cardenales.

Era el Senador de Roma un altísimo magistrado, que podia decirse lo dominaba todo, puesto que aquella ciudad libre delegaba en esta magistratura su soberanía, hasta tal punto que tenia el ejercicio de la justicia criminal dictatorial arbitraria sin intervencion de jueces ni tribunal alguno.

Poder excesivo que estaba en relacion con la absoluta carencia de garantías de los ciudadanos contra las injusticias.

VI.

Roma, Sede y centro del catolicismo, era por aquellos tiempos una república libre con todos los inconvenientes que ha tenido, tiene y tendrá este género de gobierno.

Todo se hacia sin contar con el Papa, la paz ó la guerra, el gobierno, las alianzas ofensivas y defensivas con los otros Estados, las leyes, la administracion.

Los Papas eran considerados en Roma únicamente como jefes supremos de la Iglesia.

Y de esta usurpacion del derecho del pontificado, habian nacido tales calamidades, un estado tal y tan lamentable de cosas, que vivir en Roma era arrostrar un verdadero peligro.

La inmoralidad y el crimen dominaban á Roma; no solo se entregaba á los escesos la plebe, sino tambien las altas clases: el noble romano, el patricio se convertia de noche en un bandido: no habia amanecer que no mostrase á los ojos de la indiferente muchedumbre algunos miserables cadáveres, inmolados por la venganza ó la avaricia.

La castidad era hollada, la vejez escarnecida, desconocido el derecho.

La fuerza brutal y la mayor intemperancia de los vicios, eran la razon de todo.

Parecia como que pesaba sobre Roma la maldicion de Dios.

De modo, que los Papas, no atreviéndose á residir en Roma, moraban en Lion, Agnani, Viterbo, Terracina y Perusa.

Ardia la guerra civil, los Papas se veian obligados á ser guerreros, en continua lucha con los romanos.

VII.

Cansados los romanos de tanto desorden y de tanta infamia, viendo todos que á nadie convenia aquello, porque los sacrifica-

dores de ayer eran víctimas mañana, se les ocurrió poner fin á tan insoportable estado de cosas, nombrando Senador á un extranjero, llamado Brancalone d' Andalo, encargándole administrase severa y prontamente la justicia.

No aceptó, sin embargo, este gravísimo encargo d' Andalo, sin exigir condiciones bastantes á garantir la autoridad de que se le investia.

Obtenidas estas, el tirano llevó la justicia hasta la crueldad, inmolando á todo el que habia caido bajo la accion de su justicia ejecutiva, sin escluir su severidad ni aun al Papa.

He aquí una relacion coetánea acerca de lo que acabamos de decir:

«Al propio tiempo, como el Papa tuviese su residencia en Asis, el Senador Brancalone y los romanos le dirigieron una solemne embajada con la expresa orden de volver sin dilacion á la ciudad, de la cual era pastor y soberano.

Añadieron los embajadores cuán admirados estaban los romanos de verle andar errante por una y otra parte, como un proscripto, con abandono de su silla pontifical y de su rebaño, del cual debia dar cuenta á Dios; conducta tanto mas reprehensible cuanto que estaba motivada en una desenfrenada ambicion de riquezas, tras de las cuales desapoderadamente corria.

El Senador y los romanos intimaron al pueblo de Asis la orden prohibitiva de recibir en adelante al Pontífice dentro de sus muros, puesto que tomaba el nombre de la silla romana, y no de Lion, Agnani, Perusa, en donde tanto tiempo habia residido.

Por último, prevenian á la ciudad de Asis, que si no querian sus habitantes ver para siempre asolado su territorio, obligasen al Pontífice á desalojar inmediatamente la ciudad.

Inocencio, hecho cargo de todo, comprendió que si se negaba á las órdenes de los romanos, estos, irritados, destruirian á Asis; y por esto, mas de fuerza que de grado, entró en Roma temeroso, donde por orden del Senador fué recibido con todos los honores debidos á su augusto y sagrado carácter.»